La "Virgen" de Alonso Cano

La labor de estudio psicológico y crítico del ingenioso racionero de la Catedral de Granada, está por hacer: la fisonomía artística del creador de una de nuestras escuelas nacionales, aún no está definitivamente perfilada.

Meritísimos trabajos de erudición, de acopio de interesantes elementos, quizás la catalogación, en inventario, de las obras de Alonso Cano, mucho y razonado esfuerzo investigador, han realizado hombres prestigiosos aquí, en Granada, dando relieve al pintor y al escultor que tanto enalteció á su tierra.

¿Se podrá intentar un camino nuevo? El técnico puede seguir y ahondar más en su mirada, en cierto modo reducida; es un rastro del pintor, del escultor, del artista, el que se dibuja en su técnica. Para el investigador, para el erudito, le quedan siempre libres andadas: no es despreciable su alegato, es algo así como buscar "una pista" confrontar autenticidades.

¿Quién puede dudar de que aún cabe entrar, con otros ojos, en la visión del arte, con ojos más espirituales?

Yo confieso lealmente mi pecado: entiendo que ganaríamos mucho en depuración del sentido artístico, en alzamiento de la misma crítica, si poco á poco fueran cayendo los "gustos moldeados", y el alma que es admitida á las comunicaciones íntimas y misteriosas con el arte, se moviese en una libertad para decir, para sentir y para amar.

Con esta bienaventuranza espiritual, una descalcez devota, hay que llegarse á este Alonso Cano y conocerlo en cada uno de sus lienzos y tallas.

¿Cómo son las "Vírgenes" de Alonso Cano? Tela para rato hay cortada con esta interrogación. En Granada hay maestros de investigación, hombres que saben, que han enfocado bien á Cano, y ellos seguramente darían respuesta cumplida, en un estudio concienzudo, extenso y completo.

Lo mío no puede pasar de una miniatura: la "Virgen" de Alonso Cano, es la Purísima, tallada en cedro, que guarda el Cabildo como oro en paño, en

la sacristía de la Catedral. Bien admirada está por todos: así podrá compensarse el que no se acompañe fotograbado de ella, ya que hay dificultad para reproducirla.

Alonso Cano, pintor, escultor, arquitecto, fué más escultor que pintor, y más pintor que arquitecto. No fué al modo de Miguel Angel que, siéndolo todo en arte, no había en él más que una personalidad artística, con un solo ideal plástico, escultórico; aquella su concepción gigantesca que le hacía pintar esculturas y construir con una ambición de forma escultórica.

Vivió Cano y se educó en un ambiente de realismo naturalista para la escultura religiosa, muy español: ambiente de reflexión popular sobre el arte. El pueblo pidió á sus artistas encarnaciones vivas del sentir cristiano, figuraciones plásticas de sus pietismos, de las creencias y de los misterios. Por ahí vino el arte de nuestros imagineros que á veces sufrió extravíos lavados indulgentemente por la pátina de la arraigada fé; y á veces, brutalmente naturalista, se mantenía soberanamente genial y expresivo.

Hay que irse con tiento en una época que pudiera llamarse "del ascetismo escultórico", para gradnar el sentido religioso, el alma mística de los escultores. ¡Cuántas veces el oficio, *la prosa de la vida*, el encargo, falsearon la inspiración y dieron fruto muerto!

En cambio hubo ráfagas geniales que quedaron para siempre, felizmente dibujadas y esculpidas, en unas divinales miradas, en un asomo de luz de arriba, en una tensión de brazos, en dulces labios, en nimbos impalpables...

Vamos así poniéndonos á la vista la "Virgen" de Alonso Cano: "el misterio", lo que no se puede encarnar, realizado en forma plástica. El "misterio" de la Concepción inmaculada de la Virgen encontró un pincel de luz, de tonalidades vibrantes, una creación, en Ribera. Acaso á Murillo no le quedase por hacer en sus "Purísimas" otra cosa que dar colorido más dulce, más suave, aquella su redondeadora visión de la forma llena, animada.

También Cano, repetidamente, y en continuidad sus discípulos, trasladaron al lienzo "el misterio" de la Concepción. Es la pintura arte más adaptable á eso, á mantener en cierto modo de incorporeidad lo que no puede entrañarse en formas de limitación y de figura. La lucha con el medio, la valentía y el arriesgo está en traducir en líneas y en contornos, en abultamiento, en cuerpo determinado, lo que es indelineable, atisbar con lo abismado del "misterio" y traerlo á la vida, á los ojos de la cara, á la contemplación realista.

Alonso Cano hizo la imagen de la Purísima: no la dió grandes proporciones; es así, en todo, un prodigio de delicadeza, de sentimiento sutil y misterioso. Yo al verla—¡no sé cuántas veces van! —lo primero que he sentido es eso: hay en la figura de la Virgen, tan pequeña, una grandeza que sale por fuera de las líneas. Y si para el arte hay, en sólo este aspecto, un valor, un tesoro; para la misma idealidad religiosa tiene la Purísima de Cano, toda la

atracción devota de una de esas Vírgenes tradicionales, de milagrosas leyendas, "hace rezar".

Esta Virgen pequeñita, es la desesperación para los insoportables santeros que están hoy abigarrando las iglesias, pecando contra Dios y contra el arte.

Dicen las "actas capitulares" del Cabildo granadino, que en uno de los agobios tan frecuentes en la vida desigual y desabrida de Alonso Cano, se le amenazó ¡cosa para él corriente! con retenerle los frutos de su prebenda, si en un año no acababa "la imagende la Concepción que tallaba en cedro", y el lienzo de la Purificación, para un entrecuadro de la galería alta en la Capilla Mayor.

¡Pobre Cano! siempre han andado así las cosas. Un hombre inclinado al culto de las artes, con dones de naturaleza, que creció en talleres de artistas, que tuvo por maestro al gran Montañés y por colega, al estupendo Velázquez, forzado por la necesidad del vivir á ser "racionero de Catedral„ en plaza que vacó de cantor, con "horas de rezo y de coro y servicio de altar" con regla de aguantar á un Cabildo y obligación de pintar, tallar y dirigir andamiajes á punto, boca y gusto, de la "Cabilda„... ¡pobre Alonso Cano!

Aún viven así los que son artistas: ó metidos en una oficina de Hacienda ó pegados á una nómina siempre de prosáicos oficios.

Y cuando se acababa el *intra annum*, y se agotaban las cédulas reales venía el apretón: echarle del coro, meterlo en el pleito ó pedirle un cuadro, un facistol, unos planos, una Purísima... *intra annum* también.

Milagro y no chico, espléndida muestra de que Cano tenía dentro alma de escultor, cuando en esos agobios y apuros dejó tan hermosamente esculpida la virginal pureza de la Madre de Dios. ¡Qué cabeza la de ésta Purísima! Por supuesto, quitándola esa corona imperial, regalo de quien quiera que sea, más para tenerla á sus pies, que cortando impíamente aquellas líneas ideales nimbadas de gloria irradiante. Está tratada la cabeza de la Virgen con singular amor, con un afinamiento que parece no han llegado allí manos de hombre: y partidas en graciosa raya las madejas de suave cabellera que cae á un lado y á otro como real manto, para que se asome la delicia de un rostro virginal inmaculado, nacido de miradas de Dios. Tiene sus ojos abiertos puestos en sí misma, la humildad de lo encumbrado y excelso: y la boca es el prodigio de expresión, labios de pureza que callan, que hablan, que redimen, que sonríen compasivos, que acarician... ¡Lo inconsciente del arte!

Y quizás en aquel segundo de sacudida, de asombrosa luz, de bendita inconsciencia, cuando el buril de Alonso Cano insinuaba la virginal boca de su "Virgen", ni él mismo podía soñar que era su hora religiosa, su momento

de inspiración mística, moviéndose su espíritu en una región de destellos y de iluminación... ¡Cómo se liberaría entonces del pensamiento de la prebenda y de la sombra del Deán!

Hay en la "Purísima„ toda una significación fisonómica de Alonso Cano. El entonó la dureza naturalista de los sevillanos con un matiz renaciente, de suavidad italiana, que dejó viva la expresión del realismo. Fué el legado de maestría, el linaje de familia, que heredaron los escultores granadinos, Mora y Mena y sus imitadores y copistas.

Valiente es la traza del resto de la figura; el ropaje no se ciñe, la túnica y el manto, envuelven los contornos y desdibujan la forma. Que aún si hay asomos ó influencias del barroquismo, están en buen modo perdonados. Y rompiendo por el blondaje del manto salen, calmosamente movidos, los brazos, que se juntan en sumisión de las manos, manos de transparencia.

Relatan los papeles capitulares, que esta maravilla de Cano, fué entregada en Marzo de 1656. Estaba destinada á coronar el facistol del coro; pero estimándola tan admirable, pensaron en que ocupase el altar mayor... ¡y encargaron al racionero que labrase otra para el facistol!

Ahora está en la sacristía, entre cristales. Yo pido á Dios, que no vaya á parar á ninguno de esos *camposantos* del arte desamparado, esos asilos benéficos que se llaman *Museos*. Y ya que esa Virgen, tan Virgen, no preside al rezo del coro, ni escucha los sonorosos versillos del "Magnificat„ que no la alejen mucho de la Catedral, en la que reposa el inquieto Alonso Cano.

Está la Purísima, que descansa en unas cabecitas de angel y entre nubes, sobre peana de plata: no desentona demasiado, aún cuando es recio el contraste. Podían cubrirla con tela brochada.

Fué anterior esta imponderable escultura al cuadro de la Purísima, indubitado de Alonso Cano, que es el primero de los absidales de la Catedral; El mismo modelo (¿no sería la escultura?) le sirvió para hacer el cuadro mencionado y se repite en reproducciones atribuidas al maestro ó ya sean de sus copistas, imitadores ó discípulos. De la misma escultura, hay parodias en la sacristía de la Capilla Real y en la Universidad.....

Ni el propio Alonso Cano, volvió á dar con el *quid divinum* que sorprendió para su idealizada "Purísima„ joya de la escultura española, en una época de caldeamiento, de originalidad y personalismo que nacionaliza á nuestros escultores.

No quiero que se me olvide: los que, de veras, tengan alma para estas sabrosas impresiones del arte seguramente que me dan su voto, para pedir al Cabildo Catedral, custodio amoroso y celosísimo de las obras maestras de Alonso Cano y en especial de su "Purísima„ que respetando la dádiva y valor de la corona, que afea y empequeñece la soberana majestad de la cabeza de la Virgen, sea aquella rendida á los pies de la excelsa talla. Esa

Virgen, irradia de su cabeza, una coronación de luz, de idealismo, un nimbo glorioso que queda truncado por el arillo de oro, sin expresión, sin arte.

Y puesto á pedir, que se consienta fotografiarla para mayor honra y gloria de Alonso Cano y pasmo de las gentes.

MARTIN D. BERRUETA.

